



XXXVII

TODO andaba revuelto aquel día en la parte baja de la casa del cacique. Se entregaba la gente á diversos trabajos, para preparar una gran fiesta que había de realizarse al otro día, Miércoles Santo. La procesión, preámbulo de las otras, y que debía ser en dicho miércoles por la tarde, era dirigida y costeada todos los años por el señor don Andrés Rubio, hermano mayor de la más importante cofradía.

Habían de salir en esta procesión tres obras maestras de escultura, tan pesada cualquiera de ellas que para llevarlas en andas por las calles era menester un ejército de nazarenos.

La primera escultura representa al Señor de la Pollinita. Jesús cabalga sobre el humilde animal, y entra triunfante en Jerusalén.

El pueblo, compuesto de gran número de nazarenos, de soldados romanos y de judíos, debía marchar delante de la referida imagen con palmas y con grandes y frondosas ramas de olivo.

Después, precedida de todos los *ensabanados*, *encolchados* y *jumeones* que se pudiese, tenía que salir la Cena, cuyo peso es enorme, pues consta la imagen completa de trece figuras de tamaño natural y de la mesa, que algo pesa también y que va cubierta y adornada de flores, de las más exquisitas frutas que desde el otoño han podido conservarse hasta aquel día con el mayor esmero, y de un elevado y complicadísimo ramillete de dulces, donde echa el resto el más listo é ingenioso de los confiteros.

En pos de la *Cena*, y precedida también de mucha gente, había de salir la *Oración del Huerito*, donde Cristo ora de rodillas; un ángel, que quiere estar en el aire, pero que se apoya en el ramaje de un olivo, ofrece á Cristo el cáliz de la amargura, y los discípulos yacen por tierra dormidos.

Terminada la procesión, el Sr. D. Andrés tenía que echar el bodegón por la ventana y dar de cenar á los apóstoles, á los profetas, á los antiguos personajes bíblicos, á la plebe de Jerusalén, á los nazarenos y á la guarnición romana.

Las tres obras de escultura de que hemos hablado estaban ya expuestas al público el martes, no en las iglesias, sino en una inmensa sala baja entapizada de rojo damasco, adornada de cornucopias, flores y verdura, é iluminada por la noche con profusión de velas de cera.

Para cuidar de todo esto había elegido D. Andrés á Juana la Larga, quien en los dos días del martes y del miércoles apenas podía salir de casa

de D. Andrés é ir á la suya, á no ser á la hora de recogerse para dormir.

El miércoles, singularmente, el trabajo de Juana era atroz. Ella debía condimentar para toda aquella tropa la espléndida cena de vigilia. Habría potaje de garbanzos con espinacas; como principal plato de resistencia, bacalao en sobre-husa; y como plato ligero ó de chanza delicada, una exquisita alboronia, que pudiese celebrar, si resucitase, el mismo famoso cocinero de Bagdad, que la inventó, dándole el nombre de la bella Alborán, sultana favorita del califa Harun Alrashed, héroe de las *Mil y una noches*, princesa á quien dicho cocinero tuvo la honra de dedicarla.

Claro está que para postre no habian de faltar los ineludibles pestiños y que había de abundar el vino para apagar la sed que causan la sal, conservada en el bacalao á pesar del remojo, y el picante de las mil ristras de guindillas y de coronetas que en tal día se consumen.

Se esperaba además que llegase á tiempo de Málaga mucho cazón fresco que Juana guisaría y haría servir á todos, ó bien solamente á los apóstoles, profetas y reyes, si no llegaba cazón suficiente para el vulgo.

Por último, Juana había prometido hacer un plato de su invención, con el que la gente menuda se chupa por allí los dedos de gusto; plato que tiene la singularidad de remedar, en cuanto cabe en lo humano, el milagro de pan y peces, pues con dos docenas de huevos y media hogaza para pan rallado, se hartan cien hombres, gracias

al sabroso ajilimójili en que ella rehogaba las livianas tortillas, después de haberlas frito, y en cuyo caldo se remoja el pan y se convierte en sopas que se engullen con deleite. A este plato de su invención, Juana dió el nombre de *hartabellacos*.

Prometía la cena del miércoles ser muy divertida, amenizándola con sus chistes un criado muy gracioso que tenía D. Andrés y que hacía en todas las procesiones el papel de Longino, soldado fanfarrón y galante antes de dar la sacrilega lanzada, y ciego después, que persigue al lazarillo, el cual se le escapa y le hace en las procesiones mil burlas y perrerías.

Lamentan algunas personas, pero yo no puedo menos de aplaudirlo en vez de lamentarlo, que el señor obispo haya prohibido, desde hace mucho tiempo, que salga en las procesiones otro personaje que salía antes, mil veces más cómico que Longino. Era este personaje José, el hijo de Jacob, porque, según decía el vulgo, no era ni fú ni fá. No era *ensabanado*, porque como primer ministro y favorito que había sido de Faraón, no podía vestirse pobremente con sábanas. Y no era tampoco *encolchado*, porque iba sólo con la túnica y no llevaba colcha ó sea manto ó capa, á fin de indicar que la mujer de Putifar se había quedado con ella. El que hacía de José solía ser el más chusco de los campesinos, que aparentaba asustarse al ver muchachas bonitas en los balcones, y ya se tapaba los ojos para no verlas, y ya huía, haciendo contorsiones y dando chillidos.

Menester es confesar que hizo muy bien el señor obispo en prohibir la aparición de esta figura, dado que sea exacto lo que se cuenta y que no se exageren los melindres y chistes del fingido casto José. Como quiera que ello sea, el punto se puede pasar por alto, porque no es de los esenciales en esta historia.

Lo esencial es que Juanita tuvo que pasarse sola y sin su madre casi los dos días enteros y tuvo que esperar hasta las diez de la noche del Miércoles Santo para poder hablar á su madre con reposo.

Por eso Juanita había citado á D. Paco en casa de ella para media hora después: para las diez y media.

Ahora me incumbe referir aquí, sin más digresiones, los casos memorables en que intervino Juanita hasta que llegó dicha hora.



XXXVIII

DON Andrés Rubio, en medio del jaleo y trastorno que había en su casa, estaba tranquilo sin mezclarse en cosa alguna. Sus dependientes y criados, con la hacendosísima Juana á la cabeza, cuidaban de todo y se esforzaban á porfía para que saliese con el mayor lucimiento.

Como la casa era tan espaciosa, que á no ser por su sencilla rustiquez y carencia de adornos arquitectónicos pudiera pasar por palacio, don Andrés, refugiado en sus habitaciones del piso principal, se sustraía al bullicio, y, según he indicado ya, estaba tranquilo.

Entiéndase, con todo, que esta tranquilidad no era mental, sino corpórea. Mentalmente el cacique estaba agitadoísimo.

Por medio del maestro de escuela, á quien había hecho venir y con quien había hablado, sabía ya cuanto el maestro de escuela sabía.

D. Pascual, creyendo hacer un bien á sus amigos, había revelado á D. Andrés los celos y la

desesperación de D. Paco, causa de su fuga; lo que á D. Paco había ocurrido en sus dos días de campo; el amor de Juanita, tan enamorada de él como él de ella, y el sentimentalismo de Juanita en favor de Antoñuelo y su deseo vehementemente de salvarle, hallando los ocho mil reales para tapar la boca del tendero murciano.

Hasta aquí sabía D. Pascual, y hasta aquí supo D. Andrés, sin llegar á saber lo del pagaré ni la visita de Juanita á D. Paco, que fueron sucesos posteriores y que D. Pascual ignoraba.

D. Andrés, por experiencia propia, no era muy inclinado á creer en la virtud de las mujeres. No tenía tampoco motivo alguno para hacer de Juanita una excepción honrosa. Al contrario, la juzgaba desenvuelta, provocativa y educada en plena libertad por una madre ordinariota é ignorante, de la clase más baja de la sociedad y antigua pecadora más ó menos arrepentida.

Como hombre á quien la elevada posición no venía de abolengo porque su padre y él se habían levantado por saber y esfuerzos sobre la plebe á que pertenecían, D. Andrés, sin poderlo remediar, y más bien á causa que á pesar de su mucho entendimiento, tenía peor opinión de la gente menuda que aquellos que desde tiempo inmemorial, ó después de una larga serie de antepasados ilustres, descuellan entre el vulgo. Suelen éstos atribuir la superioridad que tienen y el acatamiento que se les da á circunstancias dichas; á haber nacido donde han nacido; á una ficción social y legal de que en lo íntimo de

su alma no pueden jactarse. De aquí que sean modestos en el fondo y que por naturaleza consideren igual ó superior á ellos á la más infima y cuitada criatura humana. Por el contrario, don Andrés, como no pocas otras personas que por ellas mismas se encumbran, se sentía muy superior á cuantos prójimos le rodeaban. Y como él era además inteligente escrutador del valer propio, y se encontraba, aunque apenas osaba confesárselo, con no pocos defectos y vicios, no podía menos de atribuir ó de conceder muchísimos más á cuantas personas miraba en torno de él, dominándolas y humillándolas.

Así predispuesto, y valiéndose de los datos que ya tenía, trazó D. Andrés en su mente el carácter de Juanita y compuso á su manera la historia de la muchacha.

Para explicarse el empeño que ella formaba en salvar al hijo del herrador, dió por cierto que había sido muy prematuramente su amiga. Y en el amor de Juanita á D. Paco no vió más que el plan de casarse con el hombre más importante que después de él había en la villa.

Ambos planes repugnaban extraordinariamente al cacique. Querer salvar á Antoñuelo, aunque Antoñuelo fuese su pariente más ó menos lejano, le parecía detestable y absurda aberración. Lo que convenía era la condenación de Antoñuelo para escarmiento de otros pícaros y para seguridad y descanso de las personas pacíficas y honradas. D. Andrés había censurado siempre la compasión malsana que los crimina-

les suelen inspirar en nuestro país y había aplaudido la impaciente severidad con que los yankees *lynchan* sin escrúpulo á quien la justicia anda rehacia en dar el merecido castigo.

El casamiento de D. Paco con Juanita le parecía aún mayor monstruosidad. Acaso en un principio Juanita gustaría de D. Paco, pero pronto sentiría la desproporción de edad, porque la de D. Paco era triple que la de ella, de suerte que D. Andrés preveía y deploraba proféticamente que Juanita acabaría por poner en ridículo al ilustre secretario del Ayuntamiento y por hacerle muy desgraciado. Por otra parte, don Andrés temblaba al pensar en el furor de doña Inés cuando descubriese que Juanita, con su hipocresía y sus embustes, la había estado engañando, y que, en vez de meterse monja, se casaba con D. Paco, y daba por madrastra, á ella, enlazada ya con la familia más noble de toda aquella comarca, después de la familia del duque, á la hija ilegítima de una mondonguera.

Doña Inés, si tal cosa se realizase, sería capaz de tener un ataque de rabia ó de estallar como una bomba.

Calculaba D. Andrés que él podía prestar dos muy importantes servicios: uno á doña Inés, impidiendo que su padre la avergonzara casándose con una muchacha de tan ruin y humilde clase, y otro á D. Paco abriéndole los ojos para que al fin comprendiese que Juanita no le quería sino por interés, y que él no debía casarse con ella por ser indigna de su cariño.

El desengaño sería cruel para D. Paco, pero D. Andrés se disculpaba la crueldad, recordando aquello de *quien bien te quiere te hará llorar* y lo otro de *la letra con sangre entra*.

Al prestar estos dos servicios no se le ocultaba á D. Andrés lo mucho que él se exponía. Se exponía por una parte á que doña Inés llegase á saber que él quería seducir ó había seducido á Juanita, lo cual enfurecería á doña Inés por dos razones: porque contrariaba sus planes místicos de que Juanita fuese monja y porque deslucía ó manchaba el amor (sin duda platónico) con que el propio D. Andrés la estaba, hacia más de siete años, complaciendo, tal vez poetizándole la vida, y consolándola de tener un marido tan perdulario. Y se exponía además á que D. Paco no quisiese aguantar la lección, prescindiese de todos los favores que le debía y le buscase camorra.

Don Andrés no se arredraba ante la previsión de un duelo. Manejaba bien la espada y la pistola, y D. Paco no sabía de esgrima y jamás había tomado una pistola en la mano; pero bien podía D. Paco, como lugareño que era y nada acostumbrado á perfiles y á ceremonias, perder un día la cabeza y rompérsela á él, porque tenía la mano pesada y manejaba bien el garrote, de lo cual, aunque pacífico, había dado ya diversas pruebas, además de la que salió tan cara á Antónuelo.

La primera vez, huyó D. Paco porque se juzgaba desdeñado de Juanita y razonablemente no podía darse por ofendido ni de que ella favore-

ciese á otro ni tampoco del amante favorecido.

El caso era ya muy diferente. D. Andrés, aunque no lo sabía, sospechaba que Juanita y D. Paco se verían ó se habrían visto y estarían de acuerdo. Cualquier favor, por consiguiente, que á él hiciera Juanita, sería una infidelidad de ésta, y para D. Paco un agravio que probablemente no se resignaría á sufrir y del que resolvería tomar venganza.

A pesar de tales inconvenientes, D. Andrés no se arredra. Se sentía picado de que á él, omnipotente en Villalegre, se le desdenase de aquel modo. El mismo desdén estimulaba más su deseo. Hasta por amor propio quería á toda costa triunfar de Juanita. Ardua era la empresa, pero él no se la figuraba tan ardua. Juanita había coqueteado con él y le había provocado. Era cierto que, cuando la besó en la antesala, ella le rechazó con furia, ¿pero no fué acaso furia fingida porque entró D. Paco y le vió entrar ella? D. Andrés dió por seguro que fué furia fingida.

—Ya veremos —decía para sí— si me rechaza donde y cuando esté ella segura de que no entra D. Paco á interrumpirnos.

A pesar de su momentánea rivalidad, D. Andrés quería de corazón á D. Paco, reconocía todo su mérito, apreciaba todos sus servicios y distaba mucho de querer hacerle el menor daño. Lejos de eso lo que anhelaba era desengañarle en sazón y oponerse á su absurda boda.

De todos modos, á fin de precaverse contra el peligro de que D. Paco no gustase de ser des-

engañado, y de que, en un instante de celosa locura, llegase al extremo de apelar al garrote, D. Andrés, que de ordinario no llevaba armas, tomó un pequeño revólver de seis tiros y se le guardó en la faltriquera.

Antes de salir de casa, á eso de las diez de la mañana, habló D. Andrés con el criado de mayor confianza y más listo que tenía. Era su secretario, su ayuda de cámara, su confidente favorito y al mismo tiempo su bufón, porque tenía mucho chiste: baste decir que hacía de Longino en las procesiones.

Don Andrés, recomendándole el más profundo sigilo y la mayor cautela, hubo de hablarle así:

—Deseo y necesito tener una entrevista á solas con cierta persona que de seguro no querrá venir á mi casa, al menos la vez primera, aunque después aprenda el camino y venga con gusto. Posible es también que dicha persona se niegue á recibirme si yo directamente ó valiéndome de tí pido á ella que me reciba. Importa, pues, que tú te dirijas á la criada de dicha persona y ganes su voluntad, con presentes ó como quiera que sea, para que ella hable con su ama y la convenza y la incline á darme la cita. Quiero que esto sea en todo el día de hoy ó en el de mañana, hasta las nueve de la noche. Durante este tiempo la ocasión es propicia y conviene no perderla. Acaso ocurra que la persona que yo pretendo me cite no se preste á confesar que accede á la cita y guste de aparentar que yo, por traición de su criada, entro á pesar suyo en su casa y la sor-

prendo. Para que nadie se entere, porque no quiero disgustar ni ofender á nadie, debe ser la cita y debo yo ir á ella después de anochecido.

—¿Y quién es la persona que ha de citar á V. E. y que gasta tanto melindre?—se atrevió á preguntar Longino.

—Pues la persona—contestó D. Andrés bajando más la voz—es Juanita la Larga.

Muy sorprendido se mostró Longino al oír esto, lo cual agradó sobremanera á D. Andrés, porque era prueba evidente del misterio y del disimulo con que él hasta entonces había perseguido á la muchacha. Cuando Longino no había sospechado lo más leve era indudable que nadie en el lugar lo sospechaba y que el secreto, hasta entonces, se había guardado entre D. Paco, él y ella.

Muy satisfecho Longino del encargo delicadísimo que su señor acababa de confiarle, prometió hacer prodigios de destreza para que nada se divulgase y para que todo se lograra. Informó además á su amo de que Rafaela, la criada de ambas Juanas, á quien él conocía, era muy callada, muy lista y muy experimentada, porque frisaba ya en los cincuenta años y la había corrido en su mocedad, y si bien la fortuna siempre le había sido adversa, ella sabía dónde le apretaba el zapato.

—Otro gallo le cantara—dijo Longino—y no estaría de fregona si la fortuna no fuese tan caprichosa y tan ciega.

Terminado este coloquio, todavía antes de sa-

lir de casa tuvo D. Andrés otra conversación interesante.

Quien habló con él fué una mujer que entraba á verle con frecuencia y que le traía y le llevaba recados de la señora doña Inés López de Roldán, sin duda para los negocios y obras de caridad que ellos trataban y hacían juntos.

La interlocutora de D. Andrés ya comprenderá el lector que fué Serafina.

Venía á decirle que su ama quería hablar con él y que le rogaba que fuese á su casa á la hora de la siesta.

Tan preocupado estaba D. Andrés que, por más que el menor deseo de doña Inés fuese para él soberano mandato, se excusó de ir por la multitud de quehaceres que le agobiaban y sólo prometió ir á la tertulia por la noche.

Para que doña Inés se entretuviese en su soledad ó en compañía de Juanita la Larga dió don Andrés á Serafina dos bellísimos libros devotos que acababan de reimprimirse en Madrid, y que el librero Fé le enviaba, sabedor de las inclinaciones ascéticas y místicas de la señora principal de Villalegre. Eran estos dos libros el *Tratado de la Tribulación*, de Fray Pedro de Rivadeneira, y *La Conquista del reino de Dios*, de Fray Juan de los Angeles.

Serafina dió á entender á D. Andrés que su ama tenía grandísima curiosidad de saber quién había apaleado á Antoñuelo y por qué motivo. Y juzgando D. Andrés que la verdad era el mejor disimulo en este caso, contó á Serafina, para que

se lo refriese á su ama, que D. Paco, después de haber vagado por extravagancia y capricho descubrió el secuestro del tendero murciano, y que para libertarle y aun para defender la propia vida tuvo que apalea al hijo del herrador, sin conocerle hasta después, porque llevaba carátula. Todo se explicaba así con la misma verdad y D. Andrés alejaba de la mente de doña Inés hasta la menor sospecha.



XXXIX

JUANITA, después de haber declarado su amor á D. Paco y después de tener por seguro que no procesarían á Antoñuelo, se puso tan contenta y se aquietó de tal suerte, que desistió de todo propósito de venganza contra doña Inés, á pesar de lo mucho que doña Inés la había molido. Se arrepintió también de su prolongado disimulo y se propuso, sin retardarlo ya más que hasta el día siguiente miércoles, entre diez y once de la noche, hacer público su noviazgo y su futuro casamiento con D. Paco.

Hasta entonces tenía ella una vaga esperanza de poder preparar el ánimo de doña Inés, á fin de evitar su enojo; pero si esto no se lograba, Juanita estaba decidida, contando con la decisión de D. Paco, á arrostrar el enojo de doña Inés y el de todo el mundo y á hacer su gusto casándose, aunque ella, su futuro y su madre tuvieran que abandonar por insufrible el pueblo de Villa-

legre, perdiendo la posición de que en él gozaban.

A Juana la había visto un breve instante, pero confiaba tan poco en su circunspección y en la serenidad de su juicio, que no se atrevió á decirle nada ni á informarla de sus proyectos, de repente y sin preámbulo alguno. Aguardó, pues, hasta el día siguiente, cuando su madre volviese ya de casa de D. Andrés después de concluido su trabajo, á la hora en que había citado á don Paco, para que él también hablase á su madre y los tres se pusiesen de acuerdo.

Entre tanto Juanita creyó prudente y decoroso no ver á D. Paco, y violentándose le impuso la condición de que no la buscase ni tratase de verla. Juanita tenía tantos negocios que arreglar y tantas cosas en qué pensar y que hacer, que no quería que por lo pronto la distrajesen de ello sus amores.

Era Juanita devotísima de la Virgen de la Soledad y subió á la iglesia que está cerca del castillo y donde se venera su imagen, á darle gracias por los beneficios ya recibidos y á rogarle fervorosamente para que la fortaleciese en sus propósitos, que ella creía santos y buenos.

Casi toda la gente estaba en la parte baja y llana de la villa. La parte alta, donde están el castillo y la antigua iglesia, se hallaba aquel día muy solitaria.

Juanita oró largo rato en el templo, casi desierto. Al salir de él tuvo la desagradable sorpresa de encontrarse con D. Andrés, que la había

espiado, que la había visto subir, que la había seguido y que la aguardaba á la puerta.

Grandes fueron la desazón y el sobresalto de la muchacha. Aunque ella creía haber disipado todos los recelos de D. Paco y haberle inspirado confianza bastante para que no la vigilara, todavía temió que D. Paco ó la viese en compañía de D. Andrés ó supiese por alguien que iba en su compañía, y aunque contra ella no formase queja, acabase por ofenderse de la obstinación con que D. Andrés la perseguía y rompiese con él de una manera estruendosa.

Su desazón y sus temores se acrecentaron al ver que D. Andrés se acercó á ella; la acompañó mientras bajaba la cuesta, la requetó con más fervor que respeto, le recordó los besos de la antesala y le hizo las más atrevidas proposiciones. Como D. Andrés ignoraba el concierto de Juanita con el tendero murciano, venció su repugnancia á dejar impunes ciertos delitos, y entre otras ofertas hizo á Juanita la de dar él los ocho mil reales para que no fuese acusado Antoñuelo.

—Ya no necesito el dinero, Sr. D. Andrés—dijo Juanita.—D. Ramón ha recuperado lo que se le debía y ha prometido callarse. Ahora yo suplico á V. E. que me deje y no me persiga, y que no me ofenda proponiéndome lo que no puede ser. Y si V. E. no se retrae de seguirme por mi respeto, porque yo se lo suplico con humildad, retráigase por el temor de ofender á personas que le son queridas.

—Yo no temo que esas personas se ofendan.

—Pues yo sí lo temo. Temo que se ofenda mi señora doña Inés, á quien bien quiero y á quien debo mil favores. Y temo más aún que se ofenda D. Paco, quien... fuera disimulo, ya es tiempo de que lo sepa V. E. si no lo sabe... es mi novio.

—¿Y cómo—dijo D. Andrés—recelas tú que D. Paco se escape otra vez y se vaya á vagar por esos andurriales?

—Mucho me pesaría—replicó Juanita—de que hiciese tal cosa; pero en esta nueva ocasión no sería eso lo que él haría, sino algo que yo lamentaría mil veces más. Yo quiero que él y que V. E., á quien debe él tantos favores, sigan siendo buenos amigos. Para ello es indispensable que se reporte V. E. y no me falte.

—Al contrario—dijo D. Andrés sonriendo con sonrisa algo forzada.—Quien me falta eres tú. Dame una cita para verte en tu casa á solas y ya verás como no te faltó. Todo será con recato y sigilo. Nada sabrán ni D. Paco ni doña Inés y no tendrán de qué quejarse ni de tí ni de mí.

Llegaban en esto á la plaza, después de haber bajado la cuesta. Juanita, sin hacer atención á las últimas palabras de D. Andrés y temerosa de que la vieran con él porque allí había mucha gente, exclamó con cierta angustia:

—Por amor de Dios, Sr. D. Andrés: déjeme V. E. en paz, y no se comprometa ni me comprometa.

D. Andrés conoció sin duda que tenía razón la muchacha; cedió á su súplica y se apartó de ella. Juanita volvió sola á su casa, afligidísima,

descorazonada y humillada al ver cuán poco respeto infundía.

Era mayor su humillación al considerar que en aquellos días últimos hasta el idiota de don Alvaro, á pesar de los sofiones de que había sido objeto, había vuelto á las andadas, mostrándose con ella insolente y atrevido.

Luego que entró Juanita en su cuarto, cerró los puños con cólera, se echó boca abajo en la cama y sollozó con amargura.





XL

ERA doña Inés López de Roldán personaje de carácter tan enrevesado y complejo que á menudo me arrepiento de haberla sacado á relucir como una de las dos heroínas de esta historia, porque hallo difícil describirla bien y transmitir á mis lectores concepto igual al que tengo formado de ella, investigando y dilucidando con claridad el móvil de sus pasiones y de sus actos.

Ella misma, como era reflexiva y pensadora, y como en sus ratos de ocio, que no eran pocos, había leído y aprendido bastante, se afanaba por lograr el propio conocimiento y le encontraba hartamente oscuro.

Las doctrinas de esto que llaman teosofía, no visimas en Europa, aunque antiquísimas en la India, no habían aportado aún por Villalegre, y doña Inés no podía, fundándose en ellas, suponer que su ser íntimo constaba de siete diversos principios: pero doña Inés sabía que Platón da-

ba, sobre poco más ó menos, tres almas á todo ser humano. Haciéndose, pues, platónica; se puso á sospechar que ella tenía tres almas.

Confirmó su sospecha y casi la convirtió en certidumbre el ver que, lejos de tener algo de herético aquel pensamiento, concordaba en cierto modo con la más sana y católica filosofía.

Uno de los libros que con frecuencia y gusto leía doña Inés era el que escribió el iluminado y extático varón Fray Miguel de la Fuente acerca de *Las tres vidas del hombre*. De aquí que no titubase doña Inés en imaginar que tenía tres vidas. Yo también lo imagino, y casi me atrevo á darlo por seguro. Sólo de esta suerte atino á entrever el tenebroso enigma de su figura moral y de su extraña condición y naturaleza.

Había en doña Inés tres energías ó poderes distintos, escalonados y sobrepuestos, ora de acuerdo los tres, ora independientes y en guerra, aunque formando, durante esta vida mortal, la unidad inseparable de su singular individuo.

Para cada uno de estos poderes se había buscado doña Inés un ministro, ó si se quiere, una ministra. Para su alma sensual, que entendía y se empleaba en las cosas y negocios corpóreos y vulgares, tenía á Crispina, que la ponía al corriente de todos los sucesos del lugar sin elevación ni trascendencia. Para su alma sentimental, concupiscible, irascible y discursiva; para su facultad y aptitud de aborrecer, amar y calcular, sobre todo en relación con lo temporal y visible, tenía á la discreta criada Serafina. Y para el al-

ma pura ó ápice del alma, para la suprema porción del entendimiento y del afecto, porción toda espiritual y divina, simple inteligencia ó mente, había estado doña Inés sin ministra durante largos años, hasta que por último la había hallado ó la había creído hallar en Juanita la Larga, á quien tan injustamente despreció y odió de oídas y al verla por vez primera.

Fué como perla que se descubre en un mular y que se estima más cuando el que la descubre se persuade de que es fina. Fué como flor hallada en tierra inculta, fuera de la cerca del huerto que se cultiva, y que por eso mismo sorprende y enamora más, celándola quien la posee por el temor de que la huelle y pisotee, á su paso, algún animal inmundado.

Así se comprende, en mi sentir, el amor y el celoso cuidado con que doña Inés miraba á Juanita, que era ya para ella lo más ideal de cuanto podía concebir en lo humano.

Tal vez doña Inés reconocía con dolor que su propia alma suprema se había inficionado é impurificado un tanto por culpa de circunstancias exteriores que habían hecho prevalecer y triunfar en varios puntos las otras dos almas, inferior y media. Y á fin de que no se le inficionase también el alma pura y superior de la amiga y ministra que había encontrado y que era su regalo y consuelo, quería doña Inés que Juanita fuese monja ó sea trasplantar la flor del campo abierto y sin defensa al huerto cerrado y defendido; pero como al propio tiempo se complacía y de-

leitaba con tener á Juanita cerca de sí, vacilaba aún y retardaba el día en que pensaba obligar á Juanita á retirarse al claustro.

En el momento presente de nuestra historia, prevalecía en doña Inés el empeño de empujar á Juanita hacia el monjío. Preveía para ella peligros inminentes y ansiaba salvarla, aun á costa de privarse de su agradable presencia y de su dulce trato.

Se comprenderá qué clase de peligros temía la señora de Roldán, si echamos una ligera ojeada retrospectiva y ponemos al lector en antecedentes.

Dios me libre de ser calumniador y de pecar de malicioso. Quizás fuesen ponzoñosas hablillas de la malvada lengua del boticario, á lo que parece, acérrimo enemigo de Serafina.

Serafina, que era también burlona y maldiciente, murmurando y haciendo mucha befa, había referido por todas partes que la hija menor del escribano, de cuya mala salud y ruin catadura se ha dado ya cuenta, estaba prendada del boticario y le deseaba como marido, aunque sólo fuese para no ser menos que su hermana mayor doña Nicolasita, la cual iba pronto á casarse con Pepito, el hijo del albardonero, famoso doctor en leyes. Sólo se aguardaba para celebrar la boda que el diputado sacase al novio un empleo de diez ó doce mil reales que le habían pedido hacía más de un año. Doña Nicolasita estaba más impaciente que nadie; echaba mil maldiciones al diputado, decía que no servía de nada y conspi-

ra para que en las próximas elecciones eligiese á otro que sacase empleos con más facilidad y prontitud.

Entre tanto, ó de veras ó fingiéndolo, había enfermado su hermana menor, y el boticario, que con permiso del médico, visitaba también y tenía bastantes iguales, era quien asistía á la enfermita, y tenía que visitarla dos veces al día ó por lo menos de diario. Don Policarpo no se daba por entendido de la verdadera enfermedad y distaba mucho de querer aplicarle el conveniente remedio. La iguala que tenía con el escribano era de las más cuantiosas del lugar: cada año cincuenta reales. Esto, no obstante, le parecía muy poco para pagar tanta visita: por lo cual, según Serafina, el boticario buscaba compensación recetando mucho y obligando al escribano á gastar su dinero en potingues de los que él elaboraba en su casa.

Yo me inclino á presumir que, ofendido el boticario por las burlas de Serafina sobre el mencionado negocio, divulgó contra ella lo que voy á contar como me lo han contado, sin responder de que sea verdad, exageración ó mentira.

A lo que parece, D. Álvaro Roldán, que andaba antes extraviadísimo, lejos de su casa, muy á menudo en otras poblaciones, entregado á mil liviandades y francachelas, y gastándose los dineros con doncellitas andantes que hospedaba en sus caserías, se había vuelto sedentario, casero, morigerado y mucho más económico. El pícaro del boticario colgaba á Serafina el milagro de

esta conversión, y aun se atrevía á sostener que la señora doña Inés hacía la vista gorda y no se percataba del tal milagro, cuya comodidad y baratura no podía menos de celebrar en el fondo del alma.

Como quiera que fuese, la verdad es que Serafina, que jamás notó que D. Andrés persiguiese á Juanita, aunque si lo hubiera notado no lo hubiera dicho, porque no le convenía decirlo, notó muy bien los atrevimientos de D. Alvaro y sus persecuciones á Juanita, y enojada y temerosa de una usurpación de atribuciones, acudió á doña Inés con el soplo.

Al principio no dió doña Inés grande importancia á la acusación; pero en aquellos últimos días la renovó Serafina con tal vehemencia é insistencia que doña Inés se puso sobre ascuas. Se puso como se pondría apasionada jardinera si viese que un sapo ú otro bicho feo y vicioso trataba de deshojar ó marchitar la planta florida que más la deleitase.

Doña Inés estaba furiosa contra el sapo y llena de miedo también de que, interviniendo el diablo, que todo lo añasca, pudiese conseguir el sapo su detestable propósito. La misma inocencia de Juanita y la libertad y el abandono en que vivía, sin el arrimo y el consejo que suele prestar la prudencia de una madre, aumentaban el sobresalto de doña Inés. De aquí que ahora estuviera impaciente por consumir su sacrificio de separarse de la muchacha enviándola á un convento cuanto antes mejor.